

Elegía para Mechas.

Noviembre 2010

Era un superlativo manojito,
de pelo gris; y huesos acolchados.

Una vida serena; ni una oveja
corrió despavorida a tus ladridos;
y pocas huellas en el campo abierto
dejaron tus pisadas, tus sonidos.

Que fácil convocarte a hacer los malabares;
y a jugar con las fases de la luna,
en esos plenilunios, desvelados.

Cuando el rayo, se vuelve tempestades;
tus escondrijos, fueron camas grandes;
aquellas mesas con manteles largos;
y algún rincón con sombra de oquedades.

Para siempre, se han ido tus mohines,
tus saltos caprichosos, tus enfados;
y tus escondederos favoritos
quedan libres de ti deshabitados.

En el mes de las ánimas te fuiste,
gastada en años, motilada y ciega.
¡Oh! criatura fugaz como nosotros,
te volverás bajo tierra, tierra.
Si hay cielo para perros, allá cabes
sin tu pelaje gris, enmarañado.
Con tu fina elegancia de ovejero,
cercadita de estrellas y enlunada.

Testigos.

El poeta bohemio; le cantaba a la noche,
a la luna y a su alma.
Esta lo abandonó en plena calle;
y la luna, herida de menguante,
veló toda la noche,
su desmayada sombra.

Invitados.

Yo soy un visitante, como usted,
de este planeta.
Elementos, linderos y reserva,
son los mismos,
para los invitados a la fiesta
que crece floreciente en la sencillez.

Brindemos con el aire y con el agua
que sustentan el alma de la tierra
y ordenados viajemos por la vida
y hagamos con respeto
esta visita.

PACTO DE OLVIDOS.

Anterior al adiós nos prometimos,
sacar de los armarios,
los objetos que incitan al recuerdo,
desandar los caminos y las calles
que extendían las huellas del encuentro.

Desaprender esas palabras dulces
con voz enamorada;
y recoger las sílabas románticas
que repicaron en los campanarios;
llegar hasta la cumbre, apagar el eco,
que las ha vuelto harinas desmembradas.

Todo para aliviar esa dolencia
que deja la ruptura;
y aligerar el nudo que atraganta
cuando llega la umbría con su filo
cortando puentes en las despedidas.

Y se quedó flotando sin pilares,
sin aire, sin un faro,
el pacto del olvido.

Y las horas danzaron en el tiempo
con todos sus desmanes.
perdieron sortilegio las miradas,
y las hadas no hicieron el milagro.

Margarita Mesa Vásquez.